

Espectro

Un fantasma oscuro habita los corredores de la Unigustiniana. Gris, frío, sin una forma definida. El espectro se formó con el transcurso de los años, poco a poco sumado a su vaporosa masa todos esos residuos espirituales que cientos de jóvenes dejan olvidados en el campus. Pedazos de alma que se quedan olvidados como si se tratara de la cáscara de un plátano o un paquete de galletas ya vacío. Estos fragmentos de energía espiritual, descuidados por sus previos dueños, son atraídos al monstruoso cuerpo de la criatura.

Al principio el fantasma era una simple chispa, brillante e intensa, pero diminuta. De la ira nació el monstruo. Un día oscuro y lluvioso, de esos que deprimen a los bogotanos, un profesor gritó y una estudiante contestó el alarido con otro más fuerte. No fueron las palabras, fue el horrible odio que se mandaron uno al otro el que chocó a la mitad del pasillo. La energía de miles de soles confluyó en este único punto y así un fragmento de esta rabia quedó flotando en los corredores de la Universidad, como un diente de león.

La masa emocional de este tipo de energías flotantes es tan fuerte que atraen otros sentimientos y con el tiempo muchos de estos comienzan a orbitar formando pequeños sistemas espectrales. Es lo que algunos médiums llaman “presencias” y generalmente desaparecen sin intervención humana después de algunos años. Sin

embargo, a veces, cuando la masa emocional de un sistema es muy fuerte, estos siguen creciendo hasta que son controlados con un sortilegio aplicado por un hombre santo o, en la mayoría de los casos, un exorcismo realizado por un sacerdote.

A esa pequeña ira se le unió la alegría de una buena calificación y juntas flotaron por varios meses en el hall frente a la Rectoría. Eventualmente, se les unió la emoción de un primer beso y luego el sabor de una fruna. El campo gravitacional de este sistema era tan fuerte que pronto todas las emociones olvidadas en la Universidad comenzaron a ser atraídas a este sistema. Alegrías, tristezas, amores, miedos, enfados, culpas, vergüenzas y otros sentimientos que se sumaban periódicamente, comenzaron a orbitar el sistema aumentando la masa emocional y así el crecimiento del fantasma.

Durante el día los efectos de este nuevo sistema eran casi imperceptibles, pero en la noche resultaba evidente que algo paranormal crecía en el campus. Después de las diez, cuando todo quedaba en silencio, los vigilantes escuchaban risas y llantos, veían luces misteriosas e inclusive algunos muebles que se movían solos. Con el tiempo aprendieron a evitar los lugares más oscuros y tenebrosos, a encender las luces antes de entrar a un salón oscuro y a llevar consigo una imagen de San Benito para alejar todos los males.

Tantas fueron las cosas que se le pegaron a este sistema que incluso los días de sol era posible ver la nube gris vagando en los pasillos de la Universidad. Pasados los primeros miedos y gracias a esa costumbre humana de aceptar lo más extraño cuando se vuelve familiar, estudiantes y profesores comenzaron a tratar a la nube gris como si fuera parte del paisaje. Inclusive algunas personas comenzaron a verla como una mascota, como si fuera un animal de

compañía, algo que nunca nos deja solos. Esas personas empezaron a alimentar a la nube. Alguien le daba algo de rabia en la mañana, otra persona un poco de frustración al medio día y hasta había gente que le daba pedazos de alegría, amor o fe.

El espectro siguió creciendo. Eventualmente se volvió tan grande que las personas debían quitarse para darle paso, pues la nube ocupaba los pasillos de lado a lado. Tan fuerte era su energía psíquica que comenzó también a arrastrar la basura del piso. Polvo, pedacitos de cartón y de plástico comenzaron a orbitar la nube, moviéndose como si de un huracán se tratase. La fricción entre toda esta basura producía pequeños destellos de estática que fácilmente daban la imagen de rayos iluminando el interior gris del fantasma. La extraña mezcla de espiritualidad y fisicalidad atraía a todos en el campus; aunque no tenía una personalidad, los estudiantes le comenzaron a llamar “Taylor”, y se volvió la insignia no oficial de la institución. Mientras tanto, la gravedad aumentó a tal punto a su alrededor que se tragaba todas las emociones en un radio de cuatro metros a partir de esa primera chispa de ira que seguía funcionando como núcleo del sistema. Tal como dicta la lógica, a más gravedad llegan más sentimientos y así aumenta exponencialmente la intensidad.

Tan intensa era la criatura que con el tiempo comenzó a pensar.

Fue un proceso gradual. En un principio solo había una tendencia que la impulsaba a desplazarse de un lado al otro, sin ninguna intención más allá del desplazamiento mismo. Poco a poco apareció el instinto de alimentarse, y unos meses más tarde comenzó a sentirse atraída por las emociones de los estudiantes. Así, un paso a la

vez, la complejidad y la intensidad de su ser fue aumentando. Además de los sentimientos y las emociones que devoraba con avidez mientras seguía creciendo, todas las palabras y frases que a diario escuchaba comenzaron a formar una personalidad. Un día, mientras pasaba por una clase de la Licenciatura en Filosofía, escuchó la frase “pienso, luego existo”.

No fue fácil, ni para el fantasma ni para nadie, esta evolución. De ser una criatura inocente que vagaba por los pasillos de la Universidad chupándose las emociones más fundamentales del alma humana, se transformó en una cosa llena de basura y sedienta de conocimientos. Quería aprenderlo todo, quería hablar y ser escuchada, conocer el universo que la rodeaba y ser reconocida por ello. Intentaba trascenderse a sí misma y crecer. Fue así como comenzó a escuchar las clases. Todas, sin ningún orden ni programa, como un eterno menú de conocimiento del que se puede elegir cualquier cosa a voluntad. Un día estudiaba las palabras de Platón, otro las de McLuhan y la semana siguiente las de Hannah Arendt; en un solo mes aprendió Python y Java, además de toda la legislación colombiana y Las Reglas Generales de Comercio Exterior.

Era cuestión de tiempo para que llegara al departamento de admisiones una solicitud a nombre de Taylor Fantasma. Quería estudiar dos carreras a la vez: Contaduría Pública y Teología. La solicitud estaba completa, incluso tenía un diploma de bachillerato y el certificado del Saber 11. En ninguna parte de los reglamentos de la Universidad decía que para estudiar era necesario existir como un ser de carne y hueso, así que Taylor oficialmente se convirtió en la primera primípara ectoplásmica de la historia.

En clase, a fin de que los profesores y sus compañeros pudieran mirarla a la cara, Taylor hacía flotar dos cajas de chicle y un esfero Bic sin tinta para simular ojos y boca. Para entregar los trabajos reparó un viejo computador portátil que la Universidad había dado de baja y comenzó a trabajar en la cafetería de la Universidad para pagar el crédito del Icetex.

Cinco años se pasan en un abrir y cerrar de ojos.

Taylor completó sus clases, entregó la tesis de Teología y la de Contaduría Pública al mismo tiempo. Las semanas antes de la sustentación estaba tan nerviosa que engulló todas las emociones del campus. Desde la entrada de la Universidad era imposible sentir cualquier cosa, pues al más mínimo atisbo de cualquier emoción se podía ver un hilo de plata volar fuera de los corazones de las personas, y con su partida solo quedaba un vacío en el pecho. Habría sido una experiencia terrorífica si alguien fuera capaz de sentir miedo, pero no fue así. El día de la sustentación Taylor había consumido tantas emociones que ya medía más de cinco metros. Había cambiado las cajas de chicles y el esfero en su rostro por dos borradores de tablero y la manguera de un mechero de bunsen. Tanta fuerza tenía su cuerpo que en su interior orbitaba una silla rota, varios libros de la biblioteca y hasta un gato muerto.

Con la toga y el birrete Taylor Fantasma se sentó en el auditorio a esperar que el presentador dijera su nombre. Ya ocupaba diez sillas ella sola. Todo el mundo en el auditorio permanecía en silencio, impassible, esperando sin ninguna emoción el momento del grado de sus familiares, mientras ella seguía succionando y creciendo. Cuando ya fue la hora de subir a recibir su diploma la emoción fue tal que comenzó a chupar toda la energía emocional de la

ciudad. Los sentimientos, buenos, malos y regulares, de los diez millones de personas que se encontraban a su alrededor fluyeron hacia su cuerpo, todos al mismo tiempo. Dejó de ser gris y se volvió azul. Cuando el fotógrafo le pidió que posara sosteniendo el diploma era posible ver en su interior todos los colores posibles del alma humana, el futuro y el pasado, las grandes verdades de la vida y las mentiras que las personas nos decimos todo el tiempo. Era un espectáculo sublime para un público que, al no poder sentir emoción alguna, no podía entenderlo.

En el momento en que el flash de la cámara llegó a su cuerpo Taylor explotó. Tanta fue la energía en su interior que ella misma se convirtió en una supernova emocional. El auditorio quedó cubierto de todo lo que Taylor tenía en su interior; donde ella estaba posando para la foto solo se vio el diploma caer suavemente al suelo.

Daniel Enrique Monje Abril
Director académico
Cine y Televisión
Facultad de Arte, Comunicación y Cultura.